

A young boy with short brown hair, wearing a bright blue hooded jacket, is seen from behind, walking away into a dense forest. The trees are tall and thin, with bare branches, suggesting a late autumn or winter setting. The air is misty or foggy, creating a somber and mysterious atmosphere. The ground is covered with fallen leaves and some green ferns are visible in the lower left corner.

EL CUENTO DEL LOBO

BLAS RUIZ GRAU

¿Cuál es tu peor pesadilla?

¿Y si se hiciera realidad?

Es una tarde cualquiera en un bullicioso centro comercial. Mientras el padre espera en la puerta, una madre y su hijo desaparecen. ¿Han sido raptados? ¿Han huido? ¿Cómo han podido salir sin que nadie los viera?

El rapto parece la explicación más lógica, pero a medida que avanza la investigación policial vamos descubriendo los detalles que el padre de familia no ha desvelado a la policía y que ahora se vuelven en su contra.

En una novela que nos lleva de la intriga psicológica al *thriller* más adictivo, Blas Ruiz Grau vuelve a tensionar lo cotidiano para demostrarnos que solo en la aparente normalidad pueden hacerse realidad nuestras peores pesadillas.

Conoces el final del cuento.

¿Serás capaz de cambiarlo?

*A Mari y Leo,
que me protegéis para que no me lleve el lobo*

*Pobre mortal, planteaste el juego en mi tablero.
Error fatal, confundir al lobo con un cordero.*

WARCRY, «El cazador»,
del álbum *Revolución*, 2008

Nota del autor

Querido lector, antes de que te sumerjas en la historia, déjame contarte que, salvo la fecha en que se inicia todo, que coincide plenamente con las elecciones a presidente de la Diputación de Alicante (así como todas las localizaciones de la novela), el resto es pura ficción. Los personajes son eso: personajes, y no están basados en nada ni en nadie, salvo el forense y uno de los agentes de policía, que están inspirados en amigos. Sus opiniones no son las mías, y los hechos que acontecen son inventados. Puede que sea una tontería, pero, mejor prevenir que curar. Dicho lo cual, solo me resta desearte que disfrutes.

1

Viernes, 10 de mayo de 2019. 22.04 horas. Elche

Qué poco se valora poder respirar con normalidad.

Hace unos minutos, tan solo unos minutos, este ejercicio se realizaba de forma automática, sin ninguna complicación. Sin ni siquiera ser consciente de hacerlo. ¿Y ahora?

Ahora que le faltaba el aire maldecía no haber apreciado algo tan nimio.

«Qué poco se valora poder respirar con normalidad», pensó de nuevo.

Alguien que tuviera el poder de entrar en su cerebro se preguntaría cómo podía tener esa clase de ocurrencias ante a una situación como la que estaba viviendo. Él, incapaz de dar una respuesta coherente a tal contradicción, buscaba algo de raciocinio en los recovecos de su mente.

No tuvo suerte.

Agachó la cabeza con la esperanza de poder respirar mejor. Sintió que era el momento de tener ideas lúcidas, eficaces, resolutivas, como dirían algunas personas de su día a día; sin embargo, lo único que era capaz de percibir en sí mismo era una imbecilidad profunda, sobre todo al verse con la cabeza gacha, confiando en que así el aire pasaría mejor por sus pulmones.

La levantó de nuevo.

Puede que fuese por la falta de oxígeno, o al menos así creía haberlo leído alguna vez, pero su campo de visión estaba emborronado, como si una espesa niebla hubiera

aparecido de pronto en el lugar. En su loco ir y venir de imágenes inconexas, de repente la vio a ella, hablándole de lo que sentía cuando describía su ansiedad. ¿Era a eso a lo que se refería? Sí, tenía que serlo. Y qué sensación más desagradable. ¿Cuál era el siguiente paso según ella?

«Ah, sí, los sudores fríos».

¿Sugestión? Puede, pero tenía la espalda calada como si acabara de salir de la ducha. La única diferencia era que la placentera sensación que experimentaba después de pasar un buen rato bajo la alcachofa no se parecía en nada a esas molestas gotas que le bajaban justo por el centro del dorso.

Trató de volver a la realidad, de alejarse de aquellas locas divagaciones que habían llegado en el peor de los momentos.

Pero la neblina aún estaba ahí.

Tanto que la cara de la persona que tenía enfrente se había distorsionado hasta tal punto que le era imposible distinguir dónde tenía la nariz y dónde la boca.

Eso lo agobió más.

La creciente sensación de angustia que se había apoderado de él lo hizo inspirar con mucha fuerza, pero no sirvió de nada, pues de pronto algo muy parecido a un mareo lo asaltó a traición. Sintió que sus piernas no podían seguir manteniendo erguido el resto de su cuerpo y se vio a sí mismo cayendo al suelo.

Suerte que la persona que tenía enfrente fue lo suficiente hábil y logró sujetarlo por las axilas. También fue una suerte tremenda que quien tenía ante sí se asemejara bastante a un gorila en cuanto a corpulencia. Pero a uno de los fuertes, que gorilas los hay de muchas clases.

Mario oyó su voz. Sin embargo, no identificó ni el tono ni el timbre, pues el hecho de que esta le llegara al cerebro en forma de eco lo hacía imposible. Era como si alguien estuviera dando voces en el interior de una cueva,

pero bien adentro, muy lejos de él. Nunca había estado en una, pero debía de sonar así.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz femenina que dejaba entrever una justificada preocupación.

Eso no hizo sino confundir más a Mario, pues no vio a nadie alrededor que se asemejase a una mujer, tras haber descartado totalmente la posibilidad de que la fuente de aquella voz fuera Maguila el gorila, ya que era imposible que tuviera ese timbre. Se esforzó en dar con ella, y en cuanto logró localizarla, lo único que pudo sacar en claro fue que no vestía como él, aunque la maldita niebla no le permitiera estar seguro al cien por cien.

Mario trató de ser sincero y de decirle que no, que no estaba bien, nada bien, pero sentía tal sequedad bucal que no pudo pronunciar palabra alguna.

Lo de la sequedad no recordaba habérselo escuchado a ella.

—¿Me oye? ¿Está usted bien? —le repitió.

Él supo que la sensibilidad de su cuerpo seguía en buen estado, ya que las dos cachetadas que le propinó en el lado derecho de la cara sí las notó. Suaves pero efectivas.

Gracias a ello, Mario logró negar con la cabeza.

No estaba bien.

¿Cómo iba a estarlo después de lo que le acababa de suceder?

Maguila lo seguía sujetando por las axilas. Si no fuera porque le hacía daño, a Mario no le hubiera importado seguir un tiempo más en aquella posición. Pero vaya que si se lo hacía. Aquel hombre tenía fuerza suficiente para mantener agarrados a diez como él al mismo tiempo. El problema era que parecía estar concentrando todas sus energías solo con él. Si apretaba un poco más los dedos, estaba seguro de que acabaría atravesándolo. Para su fortuna, el gorila optó por moverlo como si no pesara nada

hacia uno de los bancos que había cerca de donde estaban y lo ayudó a sentarse con cuidado.

Antes de dejarlo un poco más a su aire, se aseguró de que no se fuera a caer ni hacia delante ni hacia atrás.

Un tipo rudo pero amable.

La chica se situó a su lado y comenzó a darle aire, puede que con un papel o con algo por el estilo, pues Mario aún era incapaz de ver con claridad. Pensó en lo rudimentario del invento, pero enseguida reparó en que era muy efectivo, ya que comenzó a sentirse mejor. Al menos por fuera, porque lo que era por dentro...

Mario levantó la mano y ella dejó de abanicarlo.

Ya parecía poder valerse por sí mismo.

Respiró profundamente y agradeció para sus adentros haber podido hacerlo. Se prometió a sí mismo que a partir de ahora valoraría este simple gesto, aunque sabía que en el fondo se estaba mintiendo a sí mismo. Esas cosas no se valoran nunca.

Intentó dejar la mente en blanco.

Se incorporó ante la atenta mirada de la chica, con Maguila dispuesto a agarrarlo nuevamente de los sobacos. Su visión también estaba volviendo al punto inicial, cuando aún era capaz de distinguir las caras. Echó un vistazo a su alrededor y comprobó que todo el mundo lo miraba al pasar. Sin embargo, nadie llegaba a detenerse del todo. Era como una pequeña atracción que formaba parte de un *pack* que incluía compras más espectáculo, así que continuaban con lo que fuera que habían ido a hacer allí.

Mario se volvió de nuevo hacia la mujer. Maguila se acercó también.

—¿Está usted bien? —repitió ella.

Mario pensó que igual no sabía decir otra cosa. Lo que sí le llamó la atención fue la seriedad con la que se lo preguntaba. Esperaba más esa actitud por parte del mastodonte, incluso llegó a creer que eso debiera haber sido lo normal, pues para él tal disposición iba incluida en el uni-

forme de agente de la Policía Nacional que lucía el grandullón. Pero la chica no vestía como él, aunque su comportamiento le sugería que su trabajo podría ser el mismo.

Él la miró y asintió. No demasiado convencido, eso sí, aunque albergaba la esperanza de que así lograría que relajara el rictus.

Sin embargo, ella no lo hizo.

Mario trató de suavizar la situación, en la medida de lo posible.

–Perdone, no sé qué me ha pasado –acertó a decir.

Ella lo analizó de arriba abajo antes de volver a hablar.

–Es natural, no se preocupe. Ahora le pido que se tranquilice del todo porque es muy importante. Sé que cuesta, pero necesito que lo haga. Recuerde todo lo sucedido y relátemelo despacio.

Mario asintió de nuevo como si fuera idiota.

Se quedó embobado, mirando hacia la tienda.

Una entrada. Una salida. No más posibilidades.

¿Cómo narices podía explicar que lo más importante de su vida había desaparecido allí dentro?

15 horas antes...

2

Viernes, 10 de mayo de 2019. 7.04 horas. Elche

Ya sentía cansancio en el bíceps, pero quizá no tanto como en la zona del hombro.

La posición no ayudaba demasiado, claro, pero es que a Mario no se le ocurría otra forma de hacerlo para resultar eficiente.

–¿Has visto eso que asoma por detrás?

Él salió de su ensimismamiento. No pensaba en nada en concreto mientras realizaba la acción con los brazos, pero miraba hacia delante, absorto, concentrado en un punto de la pared. Uno completamente vacío.

–¿Qué? –acertó a preguntar.

–Que si has visto el cablecito ese tan mono; bueno, mono no sé si es, pero práctico parece que sí, que asoma por el culito del aparato. Creo que sirve para conectarlo a la corriente y que el exprimidor se mueva solo.

–Ja, ja, ja... –soltó él con evidente ironía–. ¿Te piensas que si funcionara estaría aquí haciendo el imbécil con las naranjas?

–Bueno, no me tires de la lengua. ¿Y ya no va? Joder, ¡si no tiene ni dos meses! Pues te va a tocar ir a la tienda a que nos lo cambien; no voy a pagar casi cien euros por un exprimidor para que deje de funcionar así de pronto. ¡Va-ya mierda de aparato!

–Te dije que lo pidiéramos en Amazon, que no hace falta gastarse tanto dinero en algo que solo sirve para ha-

cer zumos. Y no, lo siento, pero hoy no puedo, tengo que acabar lo de Olmo, que siempre me lío con cosas de la casa y parece que no trabajo.

Ella dejó de intentar colocar la rosca del pendiente. Llevaba haciéndolo desde que había entrado en la cocina con la intención de pedirle ayuda a su marido. Pero ahora, después de escucharle responder de ese modo, evadiéndose de toda responsabilidad, como siempre, ya no le pediría ni la hora. Aunque si quería marcha la iba a tener, sabía por dónde atacarlo.

—¿He dicho yo algo de eso? ¿Cada vez que hablemos de algo te vas a escudar en lo de que no me tomo en serio tu trabajo?

—Déjalo, por favor...

—Ya empezamos con el «déjalo», ¿alguna vez dejarás de responderme con un «déjalo»? —Hizo una pausa sin dejar de mirarlo—. ¿Sabes lo que creo? Que al final todo se reduce siempre a lo mismo: que eres incapaz de enfrentarte a nada.

—Por favor, de verdad, déjalo ya... —contestó Mario al tiempo que se daba la vuelta y volvía a lo de las naranjas.

—Muy bien, huye, si al final es justo lo que te iba a decir: no quieres ir a la tienda para no tener que reclamar lo que por derecho te pertenece. ¿Tan malo es que por una vez des la cara y digas las cosas como son? ¿Te van a comer? ¿Acaso crees que eso es echarle morro o pedir algo inaceptable? No, Mario, fíjate en lo que te estoy pidiendo: que vayas a una tienda donde me he gastado casi cien euros por un maldito exprimidor, que les digas que a los dos meses ya no funciona y que te den una solución. ¡Eso lo puede hacer todo el mundo!

—Si lo hubieras pedido en Amazon... —respondió sin darse la vuelta.

Clara se quedó mirándolo al tiempo que su respiración se intensificaba ligeramente. Se hubiera acercado a él y le habría estampado la cabeza contra la pared. La pregunta

de si su marido tenía cinco años en lugar de treinta y dos no le vino de nuevo a la cabeza. Lo que sí tenía claro era que no estaba dispuesta a mantener una conversación con alguien tan tremendamente inmaduro.

¿Lo sabía cuando se casó con él?

Por supuesto. Tuvo mucho tiempo, demasiado, para conocerlo a fondo tras un noviazgo que comenzó hacía más tiempo del que era capaz de recordar. Pero decidió libremente dar el paso con el que, en teoría, aceptaba estar el resto de sus días con él. Lo sabía, lo tenía claro, pero a pesar de ello no podía evitar tener esos momentos de arrepentimiento que la llevaban al instante en que el padre Karras (así llamaban al sacerdote de la basílica de Santa María, por su parecido con el conocido personaje de la película *El exorcista*) le preguntaba si aceptaba a Mario por esposo. Ahora mismo hubiera dicho que no, sin vacilar.

Y como no se podía discutir con él cuando se ponía en ese plan, decidió intentar ponerse la rosca de nuevo mientras se daba la vuelta y volvía hacia la habitación de matrimonio.

Mario exprimió por completo la media naranja que tenía en la mano con solo dos vueltas. El mal humor que le entró de repente le hizo sacar fuerzas de su no demasiado musculoso brazo.

Cerró los ojos y suspiró. No es que pensara que él se había puesto en un plan demasiado molesto o inadecuado, pero quizá sí había sacado a relucir parte de su cabezonería, esa que nunca asomaba, todo había que decirlo, si no era por un motivo justificado.

O, visto de otro modo, puede que sí la hubiera, pero desde luego no tenía que ver con ella.

Sintió una punzada en el estómago al recordarlo.

Dejó los restos de la naranja sobre la encimera Silestone color crema. Le hizo gracia comprobar que sabía aquel dato, pues si estaba al corriente tanto de la marca como

del color era gracias a Clara. La misma Clara que, si viera lo que acababa de hacer, hallaría otro motivo para regañarlo por no cuidar de esas absurdas partes de la casa tan caras, pero ahora no pensaba en eso, no podía hacerlo.

Se limpió las manos con el paño que tenía al lado y volvió a sacar el iPhone del bolsillo. La noche anterior había tenido la tentación de borrar el mensaje de WhatsApp (no quería que ella lo viera), pero algo lo indujo a conservarlo, y en ese momento, seis horas después de haberlo recibido, seguía sin entender muy bien el motivo.

¿Para qué lo quería ahí? ¿Para justificarse en caso de que...? Prefirió ni pensarlo.

Miró de nuevo la foto y el texto que la acompañaba. Otra vez la punzada, en esta ocasión más fuerte, hasta el punto que incluso tuvo que doblarse sobre sí mismo. Menos mal que ella ya no estaba en la cocina. De nuevo volvió a considerar la posibilidad de borrarlo.

Pero no lo hizo.

Guardó el móvil en el bolsillo.

Mientras miraba las naranjas tiradas sobre la encimera, decidió dar el paso de siempre. El de todas las veces: buscaría a su mujer para pedirle perdón.

Todavía en la cocina, pensó en lo gracioso del asunto. Era cierto que no estaba del todo sereno debido al maldito mensaje del móvil, pero no le parecía tan grave como para que Clara se hubiera puesto así tras la conversación. Aunque buscar explicaciones sobre los cabreos de Clara estaba de más. Se enfurruñaba con facilidad, aunque sí era verdad que últimamente estaba un poco más tensa de lo normal, pero él lo achacó a ciertos acontecimientos que tenían que ver con su trabajo. Nada raro.

Aparcó aquellos pensamientos y salió de la cocina con lo mismo de siempre.

No tenía muy claro en qué momento la había cagado, pero pediría perdón.